

las potencias de su alma, y no había podido sentir viva en ella la amistad por la delicada y linda joven. En el momento de arrojar á su rival, como era derecho, casi deber suyo, aquel sentimiento se agitó en ella. Una extraña lástima inundó su corazón, y la hizo detenerse en medio del vestíbulo, adornado de estatuas y columnitas, que ya se disponía á atravesar para llegar al salón. Llamó al criado en el momento mismo en que éste iba á poner la mano en el picaporte. La analogía de su situación moral y la de Alba, acababa de emocionarla amargamente.

Había sentido en un instante la impresión que Alba sentía al pensar en Fanny; la simpatía por un dolor muy semejante al suyo. Después de lo que sabía no podía estrechar la mano de la señora Steno, ni hablarla más que para arrojarla de su casa.

Y decir ante Alba una sola palabra, hacer un solo gesto que produjera á la joven una decepción de aquella naturaleza sobre su madre, ¡no! Volvióse, pues, para entrar por la puerta que conducía á su habitación, dando orden de que se suplicase á su marido fuese allí. Acababa de imaginar el medio para satisfacer su justa cólera, sin herir el corazón de su siempre querida amiga, que no era responsable de que los dos infames se hubieran cubierto tras su inocencia. Apenas entró en el gabinete que precedía á su alcoba, se sentó ante una mesa sobre la cual se veía el retrato de la señora Steno en un grupo formado por Boleslas, Alba y ella misma. Sonreía el retrato con soberbia insolencia, que reprodujo en la mujer ultrajada un frenesí de odio, interrumpido, suspendido más bien, algunos instantes por la compasión. Tomó el

cuadro y lo arrojó al suelo, pisoteando el cristal, y después comenzó á escribir sobre la primera hoja en blanco que sus temblorosos dedos encontraron, una de esas cartas que sólo la pasión se atreve á redactar, y en las que no se retrocede ante ninguna palabra:

“Lo sé todo. Hace dos años que es usted la querida de mi marido. No lo niegue usted. Lo he leído, escrito de su puño y letra. No quiero verla á usted, ni hablarla. No vuelva usted á poner los pies en mi casa. Si no la arrojé de ella, es por su hija. Otra vez no retrocederé ni ante esto.”

Acababa de firmar valientemente, cuando el ruido que al abrirse produjo la puerta, la hizo volverse. Boleslas estaba ante ella. Su rostro tenía una expresión ambigua, que acabó de exasperar á la desdichada mujer. Había vuelto hacía una hora y supo que Maud había acompañado hasta la calle Leopardi á la señora de Maitland enferma; esperó su regreso con una cruel impaciencia, agitado por la idea de que la hermana de Florent estaba sin duda enferma á causa del duelo del día siguiente, y que en este caso Maud también lo sabía todo. Hay conversaciones, y sobre todo despedidas, que un hombre que va á batirse quiere siempre evitar. Aunque se esforzó por sonreír, no tenía duda. La turbación evidente de su mujer no se explicaba por otra causa. ¿Podía él adivinar que había sabido no únicamente aquel duelo, sino la intriga hoy terminada y que había ignorado durante dos años? Como ella callase, y este silencio le fuera molesto, él quiso tomarle una mano y besarla como de ordinario hacía. Ella le respondió con una mirada que él des-

conocía, y le dijo tendiéndole la hoja de papel que tenía delante:

—¿Quiere usted leer esta carta antes que la remita á la señora Steno, que espera en el salón con su hija?

Tomó Boleslas la carta. Recorrió aquellas terribles líneas y se puso lívido. Era tal su emoción, que volvió á dar á su mujer el papel sin responder una palabra, sin procurar impedir, como era su deber, aquel insulto dirigido á su antigua querida, á la que aún amaba hasta el punto de arriesgar la vida por ella. Aquel hombre tan valiente y suave á la vez, estaba anodado por una de esas sorpresas que aniquilan todas las potencias del alma, y miraba á Maud meter el papel en un sobre, escribir la dirección, llamar. Oyó que decía al criado:

—Lleve usted esta carta á la Condesa Steno y excúseme usted con esas señoras. Me encuentro mal y no puedo recibir. Si insisten, responda usted que he prohibido en absoluto que entre nadie, ¿entiende usted? En absoluto.

El criado había tomado ya la carta. Había salido del cuarto, é iba sin duda á cumplir su encargo, y los esposos estaban todavía allí, frente á frente, sin que ninguno de ellos hubiese roto aquel nuevo y formidable silencio. Comprendían demasiado que el momento era solemne. Nunca, desde el día en que el Cardenal Manning había unido sus destinos, en la vieja capilla de Ardrahan-Castle, se habían encontrado en una crisis tan trágica. En semejantes momentos el fondo de los caracteres queda al descubierto. La animosa y noble Maud no pensaba en medir sus palabras. No pensaba en extremar el ultraje que tenía derecho á lan-

zar sobre aquel hombre, con el que aquella misma mañana se había mostrado tan confiada, tan abandonada, tan tierna. La bajeza y la crueldad debían ser extrañas, aun en aquel caso, á aquella mujer que no dudaba de la resolución que había tomado. No: lo que esperaba de aquel hombre al que tanto había amado, al que tuvo en tan alto concepto, y que acababa de ver caer tan bajo, era un grito de verdad, una confesión donde encontrase la palpitación de un último resto de honor. Si él callaba, no era porque se preparase á negar. El contenido de la carta de Maud no le permitía conservar duda alguna sobre la naturaleza de las pruebas que ella había tenido entre sus manos; que tenía indudablemente. ¿Cómo? El no se hacía esta pregunta, dominado como estaba por un fenómeno donde se revelaba la singular complejidad de su naturaleza. Lo que caracteriza tal vez á los esclavos de la manera más especial, es un prodigioso poder nervioso de instantaneidad, si se permite emplear tan extraña fórmula para un hecho moral, que nos extraña á nosotros los occidentales y latinos. Parece que estos seres de corazón incierto, tienen como una facultad de ampliar en ellos, hasta absorber su corazón entero, los estados de emoción pasajeros, y, sin embargo, sinceros. La intensidad de su momentánea excitación hace de ellos comediantes de buena fe, que hablan como si experimentasen ciertos sentimientos de un modo exclusivo, prontos á sentir otros contrarios el día después, con igual ardor, con igual mentira, según dicen injustamente las víctimas de estas naturalezas, tanto más mentirosas, cuanto más vibrantes son. Boleslas sufría verdaderamente al saber que

Maud estaba iniciada en su criminal intriga, y sufría tanto por ella como por él. Bastaba esto para que el tal sufrimiento ocupase durante algunos momentos ó algunas horas el campo entero de su óptica íntima. El iba á mostrar el personaje del marido débil y apasionado que ama á su mujer al mismo tiempo que la engaña. Había un poco de este matiz en su aventura. ¡Pero tan poco! Y, sin embargo, no creía mentir, no mentía, cuando rompió al fin el silencio para decir á aquélla á quien durante largo tiempo había engañado:

—Acaba usted de vengarse con dureza, Maud, pero tenía usted derecho. Ignoro quién ha denunciado un hecho culpable, indigno, pero también desgraciado. Sé que tengo en Roma enemigos encarnizados, y seguro estoy que no me han dejado medio alguno de defensa. Ni aunque me lo hubieran dejado me serviría de él. La he mentido á usted mucho y he sufrido por ello.

Detúvose después de estas palabras pronunciadas con una convicción que no era engaño. Había olvidado que diez minutos antes entraba en el cuarto con la voluntad fija de ocultar el duelo y las causas de éste, á aquella mujer, al perdón de la que hubiese sacrificado su vida en aquel momento sin vacilar. Continuó con voz tierna:

—Sea lo que sea lo que se le haya dicho á usted, haya leído lo que haya leído, le juro á usted que no lo sabe todo.

Sé bastante—respondió Maud,—puesto que sé que ha sido usted el amante de esa mujer, de la madre de mi mejor amiga, á mi lado, ante mis ojos. Si usted ha sufrido, como dice, con esa mentira, no hubiera usted

esperado para confesármelo á que tuviera en mis manos la prueba irrecusable de su infamia. Usted ha arrojado la máscara, ó, más bien, yo se la he arrancado á usted. En cuanto á los detalles de esa historia inoble, evitémelos. No es para oírlos para lo que he vuelto á una casa cuyos rincones todos me recuerdan que he creído en usted inocentemente, profundamente, con ceguedad, y que usted me ha engañado, no un día, sino todos los días; que usted me engañaba todavía anteayer, ayer, esta mañana, hace una hora... Se lo repito á usted. Esto me basta.

—Pero no á mí—exclamó Bosleslas.—Sí. Verdad es todo lo que usted me ha dicho, y todo lo merezco. Pero es que usted no ha podido leer en las cartas que le han mostrado, lo que oculto desde esos dos años en el fondo de mi corazón y que debo revelar, y es que al través de estas funestas locuras, yo no he cesado de amarla á usted. ¡Ah! no se aleje usted de mí, no me mire de ese modo! Acabo de sentir una vez más esa horrible tortura que he sentido mientras usted me hablaba. Hay algo en mí que no ha cesado nunca de pertenecer á usted. Esa mujer ha podido ser mi aberración, mi locura, mis sentidos, mi pasión, todos los malos instintos de mi ser. Usted ha sido siempre mi culto, mi ternura, mi religión. Si la he mentido á usted, ha sido porque comprendía demasiado que el día en que supiera usted mi falta, la vería ante mí, desesperada é implacable como se muestra ahora, como no puedo soportar que sea usted. ¡Ah! Júzgueme usted, condéneme, maldígame, pero sepa usted, sienta usted que, á pesar de todo, yo la he amado, yo la amo...

Había hablado de nuevo con una exaltación que no era fingida. Engañado como había sido, comprendía el valor de aquella criatura leal que tenía ante él y que corría el riesgo de perder. Si no la conmovía en aquel momento, la víspera de su duelo, ¿cuándo la conmovería? Así es que se había aproximado á ella con los mismos ademanes de adoración suplicante y apasionada que tuvo en otra época, en los primeros tiempos de su matrimonio, cuando no la había hecho traición y la manifestaba su amor. Sin duda este recuerdo se impuso á Maud, y agitó su ser, pues con verdadero horror, retrocedió respondiendo:

—Calle usted. Esa mentira es aún más odiosa que las otras. Me hace más daño. Me causa vergüenza el ver que no tiene usted el valor de su falta. Dios es testigo que hubiera encontrado algo digno de estima en usted si me hubiese dicho: “He dejado de amarla á usted. He sido preso por una querida. Me era cómodo mentirla á usted. La he mentido. He sacrificado á mi pasión mi honor, mis deberes, mis juramentos... á usted... ¡Ah! Hábleme usted de modo que vea la verdad. Pero que usted ose repetirme palabras de ternura después de lo que ha hecho, me inspira repulsión, me es muy amargo.

—Sí—dijo Boleslas.—Debe usted pensar así. Verdadera y sencilla como usted es, ¿dónde había usted de haber aprendido á comprender lo que es una voluntad débil que quiere y no quiere, que se levanta y vuelve á caer? Y, sin embargo, si no la amase á usted, ¿por qué mentirla? ¡Ah! ¡Si supiese usted en qué momento me encuentra, en vísperas de qué día

le suplico me crea, que lo mejor de mi ser no ha dejado de pertenecer á usted!

El recurso más fuerte que podía intentar para conmover aquel corazón de esposa, tan profundamente herido, era esta alusión á su duelo.

Puesto que ella no había hablado de él, era que lo ignoraba aún.

Así es que su agitación fué extraordinaria cuando ella le respondió, probándole á qué grado de indignación había llegado, paralizándolo en ella todo, hasta el amor.

El repitió:

—¡Si usted lo supiera!

—Sé que se bate usted mañana—contestó Maud, —y también sé que por causa de su querida.

—No es cierto—exclamó él,—no es por ella.

¿Cómo?—respondió Maud con creciente energía.—¿No ha sido por ella por lo que usted ha ido á la calle Leopardi á provocar á su rival? Pues no le es á usted fiel, y esto es justo. ¿No ha sido por su causa por lo que usted ha querido entrar en la casa, á pesar del cuñado de ese rival, y que con este motivo han disputado ustedes, y que de aquí ha nacido el duelo? ¿No ha sido por ella y para vengarse por lo que ha vuelto usted de Varsovia, porque ha recibido usted cartas anónimas que le han hecho saber lo que ocurría? ¡Y después de saberlo no le ha causado á usted repugnancia esa criatura! Si ella se hubiese dignado mentirle á usted, le tendría aún á sus pies; y osa usted decirme que me amaba, cuando no ha sabido usted evitarme la afrenta de saber todas esas vi-

lanías, todas esas bajezas y vergüenzas, por cualquier otro.

—¿Y quién ha sido?—preguntó él.—Dígame usted al menos el nombre de ese Judas.

—No pronuncie usted esa palabra—interrumpió Maud amargamente.—Ha perdido usted todo derecho para ello. Y no busque usted muy lejos. Yo no he visto hoy más que á la señora de Maitland.

—¿La señora de Maitland!—repitió Boleslas.—¿Es la señora de Maitland la que me ha denunciado á usted? ¿La señora de Maitland quien ha escrito los anónimos?

—Ha querido vengarse—respondió Maud, que añadió:—Tenía ese derecho, puesto que su querida de usted le ha robado su marido.

—Pues bien. También yo me vengaré—exclamó el joven.—Mataré á su marido después de matar á su hermano. Los mataré á los dos. Al uno tras el otro.

Su movable rostro, que hacía un instante había expresado la más apasionada de las súplicas, no expresaba ahora más que el odio y el furor, y el mismo cambio se había efectuado en su sensibilidad desordenada.

—A nadie tengo que complacer, y lo veo bien claro. Entre nosotros todo ha concluido. Su odio y su rencor son más fuertes que su amor. De no ser así, usted me hubiera suplicado que no me batiera, y me hubiera hecho después los reproches que me ha hecho al principio, que tiene el derecho de hacerme, no lo niego. Pero desde el momento en que usted no me ama, ¡caerá la desgracia sobre quien se interponga en

mi camino! Sí... Sobre la señora Maitland y sobre los que ella ama.

—Esta vez, al menos, es usted sincero—respondió Maud con un nuevo acceso de amargura.—¿Encuentra usted que no he sufrido bastantes humillaciones? ¿Querría usted que le suplicase, yo, su mujer, que no se batiese por esa criatura? ¿Y no comprende usted el ultraje supremo que es para mí este duelo? Además—continuó con una solemnidad trágica,—yo no le he suplicado á usted que viniese para tener una conversación tan dolorosa como inútil, sino para manifestarle mi resolución. Espero que no me obligará usted á recurrir, para ejecutarla, á los medios que me da la ley.

—No he merecido que me hable usted así—dijo Boleslas con altivez.

—Dormiré aquí esta noche—dijo Maud—por última vez, y mañana por la tarde partiré para Inglaterra.

—Es usted libre—dijo él inclinándose.

—Y me llevaré á mi hijo—continuó ella.

—¿A nuestro hijo!—respondió Boleslas con la sangre fría de un hombre que tiene un arranque de ternura.—¿Eso no!... ¡Yo lo rehusó!

—¿Usted rehusa?—dijo ella.—Pues bien; pleitearemos. Ya sabía—añadió con altivez también—que me obligaría usted á recurrir á la ley. Pero no retrocederé ante nada. Al hacerme traición la ha hecho usted también á su hijo. No se lo dejaré á usted. No es usted digno de ello.

—Escuche usted, Maud—respondió Boleslas después de un silencio y dolorosamente.—Piense usted

que ésta es quizás la última vez que nos vemos. Si mañana sucumbo, usted hará lo que quiera. Si vivo, prometo consentir en todo arreglo que sea justo. Lo que pido, y tengo derecho á pedirlo á pesar de mis faltas, en nombre de nuestros primeros años, en nombre de ese mismo hijo, es que me abandone usted con otra despedida, que tenga usted un momento, no diré de perdón, de lástima.

—¿Y la ha tenido usted para mí—respondió ella, —cuando trató de correr á su pasión pisoteando mi corazón? ¡No!—Y se adelantó para ganar la puerta, fijando en él una mirada tan altiva, que Boleslas bajó los ojos.—Usted no tiene mujer, ni yo marido... No soy una Maitland, y no me vengo con anónimos ni con denuncias. ¿Pero perdonarle á usted?... Jamás, ¿entiende usted? ¡jamás!

Y salió después de pronunciar esta palabra, en la que supo poner toda la indomable energía de su carácter. No intentó Boleslas detenerla. Cuando, una hora después de aquella conversación, su ayuda de cámara fué á advertirle que la comida estaba dispuesta, el desdichado continuaba en el mismo sitio, el codo sobre la repisa de la chimenea y la frente sobre la mano. Conocía bien á Maud para esperar que su voluntad cambiase, y había en él mismo, á pesar de sus faltas y sus locuras, verdadera nobleza para emplear medios de violencia y retener, á su pesar, á la mujer á quien tan gravemente había faltado. ¡Así, pues, Maud partiría! Si hacía un instante él había exagerado la expresión de sus sentimientos diciendo, imaginándose más bien, que no había cesado de amarla, era cierto que al través de sus flaquezas sentía

por ella una afección particular, mezcla de reconocimiento, de remordimientos, de estimación, y, preciso es decirlo, de egoísmo. Amaba en ella al corazón amante, del que estaba seguro por completo, y después, como muchos maridos que engañan á una esposa irreprochable, estaba orgulloso de ella mientras la engañaba. Se le aparecía á la vez como la dignidad y la caridad de su vida. Era á sus ojos aquella á quien se vuelve siempre, la amiga segura de los días de prueba, el puerto después de la tempestad, la paz moral en las tormentas de las pasiones. ¡Qué existencia sería la suya cuando ella le abandonara! Porque está resolución era irrevocable. Todo se hundía en torno de él. Había perdido, y en las condiciones más abyectas, á su querida, á la que había sacrificado el corazón más noble y más amante. Su mujer iba á partir quizás llevándose á su hijo. Había esperado para vengarse, y no había conseguido ver á su rival. Aquel ser tan impresionable había sentido entonces, ante golpes tan repetidos, un decaimiento tan absoluto, una indiferencia tal por la vida, que encontró agradable la perspectiva de exponerse al siguiente día, como iba á hacerlo, al mismo tiempo que una ola más amarga de rencor le inundaba el alma á la idea de todas las personas mezcladas á su aventura. Hubiera deseado herir con su propia mano á la señora Steno y á Maitland, á Lidia y á Florent, y también á Dorsenne por haberle dado aquella falsa palabra de honor que había exasperado su sed de venganza. Este tumulto de ideas creció cuando se sentó á la mesa sólo con su hijo. Aquella mañana había aún tenido frente á él la sonrisa y los ojos de su

mujer. La ausencia de ésta le fué tan profundamente dolorosa, que quiso hacer una última tentativa, y después de la comida dijo á Luc que fuera á ver si su madre podía recibirles. El niño volvió con una respuesta negativa.

—Mamá descansa. Ha dicho que no se la despierte.

Así, pues, la cosa era irremediable. No volvería á ver á su marido antes del día siguiente, si él vivía, pues aunque Boleslas se había convencido aquella tarde que nada había perdido de su habilidad en el manejo de la pistola, ejercitándose en él ante sus admirados testigos, un duelo es siempre una lotería. Y si aquella posibilidad de una eterna separación no había conmovido á su mujer, ¿qué súplica la conmovería? La vió en su pensamiento sufriendo en las tinieblas de ese dolor que maldice y que jamás perdona. ¡Qué cruel le fué esta imagen! Y para que ella supiese al menos cuánto sufría él por un testimonio del que no dudaría, tomó á su hijo entre sus brazos y le estrechó contra su pecho, diciéndole:

—Si ves á tu madre antes que yo, tú le dirás que hemos pasado una noche muy triste... ¿no es verdad?

—Pero ¿qué tienes?—exclamó el niño.—Me has mojado la cara. ¿Lloras?

—Tú se lo dirás... ¿me lo prometes?—respondió el padre,—para que se cure viendo cómo la queremos.

—Pero cuando hemos paseado juntos después del almuerzo no estaba mala... sino alegre.

—Pienso que no será nada—respondió Gorka.

Le fué preciso enviar al niño á su cuarto, y salir.

Sentíase tan horriblemente triste, que tuvo miedo de permanecer solo en la casa. Pero ¿dónde ir? Maquinalmente se dirigió al Círculo, aunque era muy pronto para encontrar compañía. Se reunió con Pietrapertosa y Cibo, que habían comido allí, y que, echados sobre uno de los divanes, conferenciaban en voz baja, con la seriedad de dos embajadores que discuten la cuestión de Bulgaria ó la de Egipto.

—Estás nervioso—dijeron á Boleslas,—tú, que tan tranquilo estabas esta tarde.

—Sí—insistió Cibo.—Debías haber comido con nosotros, como te habíamos dicho.

—Cuando uno se bate al día siguiente—continuó Pietrapertosa sentenciosamente,—es preciso no ver ni á la mujer ni á la querida. ¿La señora Gorka no sospecha nada?

—Absolutamente nada—respondió Boleslas;—pero tenéis razón. Hubiera hecho mejor en no abandonarlos. En fin, ya estoy aquí. Vamos á matar las ideas negras jugando y cenando.

—¡Jugar! ¡cenar!—exclamó Pietrapertosa.—¿Y tu pulso? Piensa en él. Temblarás y no vencerás. He visto á Casal en casa de Gastinne no hacer blanco en cincuenta tiros, porque había jugado la noche anterior.

—Ligera comida—dijo Cibo,—acostarse á las diez, levantarse á las seis y media, y en seguida dos huevos pasados por agua y un vaso de viejo Oporto; esta es la receta de Macault.

—Y que yo no seguiré—dijo Boleslas.—Os doy mi palabra que si no tuviera otro cuidado que este duelo, no me veríais en este estado.

Y pronunció estas palabras con voz tan trágica, que los dos italianos comprendieron su sinceridad. Se miraron sin insistir. Estaban muy al tanto de las murmuraciones de Roma, para no haber adivinado la verdadera causa del duelo entre Florent y Boleslas. Por otra parte, conocían demasiado á este último para no desconfiar tampoco de su aptitud. Sin embargo, había una tan clara emoción en su acento, que le compadecieron espontáneamente y no hicieron objeción alguna á los caprichos de su fantástico apadrinado, al que no abandonaron hasta las dos de la mañana. Esto les aprovechó, pues Boleslas tomó la banca á eso de la media noche, á pesar del espectro evocado de Casal, y habiéndoseles ofrecido un tanto por ciento en su juego, se encontraron al fin de una partida loca con que habían ganado cada uno doscientos ó trescientos luses. Significaba esto algunos días más de estancia en París en el próximo viaje. Así es que fué meritorio en ellos que se disgustasen por la suerte de su amigo, como lo hicieron al separarse.

—Tengo miedo por él—dijo Cibo.—Esa vena en el juego la víspera de un duelo, es muy mala señal... muy mala.

—Tanto más cuanto que "alguno" estaba allí—respondió Pietrapertosa, haciendo con los dedos el signo que conjura la "jettatura."—Por nada del mundo hubiera nombrado al personaje contra el mal de ojo del cual temía. Pero Cibo lo comprendió, y sacando del bolsillo del pantalón el reloj que llevaba en éste, á la inglesa, con una cadena sujeta al cinto, mostró entre los dijes un cuernecillo de oro.

—No le he soltado durante la noche—dijo.—Lo peor es que Gorka no dormirá. ¡Y el pulsó!...

El primero de estos pronósticos debía verificarse. Entre los hechos singulares que se observan en ciertas crisis de sobreexcitación nerviosa, es preciso colocar esa infatigabilidad, donde se gastan sin duda las reservas profundas de la vida, pero que en el momento parecen un milagro. Vuelto á su casa á una hora avanzada, Boleslas no se acostó; empleó el resto de la noche en escribir una extensa carta á su mujer y otra á su hijo para que le fuera entregada cuando tuviera diez y ocho años, en caso de desgracia. Pasó después revista á sus papeles, y su mirada cayó sobre el paquete de cartas que había recibido de la señora Steno. Con leer solamente algunas y con mirar los retratos de la querida infiel, exaltóse aún más su cabeza, hasta el punto de que lo guardó todo bajo un sobre en el que escribió la dirección de Lincoln Maitland. No bien había cerrado el sobre, se encogió de hombros, diciendo:

—¿Y para qué?

Y apartando la pantalla de la chimenea, lo arrojó al fuego. Sorprendióle el alba removiendo con las tenazas los restos de lo que había sido la más ardiente, la más completa pasión de su vida, y examinando la llama sobre los pedazos de papel que habían quedado intactos. Este poco razonable empleo de una noche que podía ser la última, apenas había empalidecido su rostro. Sin embargo, sus amigos, que le conocían tan bien, temblaron al ver aquella máscara de una impassibilidad siniestra, cuando se apeó de su faetón, hacia las ocho, ante la posada señalada para